

bien porque no se ha cometido, bien porque se ha confesado contritamente, ¿á qué tantos temores? para qué semejante pretexto? Debéis estar más seguros, dice S. Ligorio de lo que os dice el confesor que si os lo dijeren todos los ángeles del paraíso, porque en oírlo de boca de los ángeles podía haber ilusión, pero en lo que se oye de labios del confesor, que está en lugar de Dios, no hay temor alguno de engaño (1).

**10.** Pretextos menos fundados todavía que los anteriores, son los que siguen:—No tengo tiempo de prepararme para la Comunión como debiera.—¿Es posible que en las veinticuatro horas del día no haya siquiera un cuarto de hora ó cinco minutos al menos de preparación para los que desean comulgar á menudo? Hay tiempo para dormir, quizá demasiado, para entretenerse en conversaciones ociosas, etc. y no lo habrá para disponerse á la S. Comunión? Mas, entendámonos. ¿En qué consiste la preparación para comulgar? ¿Creéis que es necesario absolutamente consagrar media hora ó un cuarto de hora á la lectura ó meditación de las oraciones insertas en los libros piadosos? ¿Creéis que es preciso excitarse á una sensible devoción, muchas veces ridícula, y otras perjudicial para el alma y el cuerpo? De ninguna manera; no consiste en esto la disposición conveniente para recibir al Señor. Bueno es consagrar dichos tiempos y con el modo referido, hablando de un modo general; pero lo mejor es, después de la limpieza de conciencia, desear interiormente unirse á Jesucristo, llevar su vida, y aprovecharse de sus gracias; para el efecto basta dedicar un ratito, unos momentos, á veces insignificantes, y, retirándose á lo más íntimo del alma, ofrecerse á Dios, pedirle perdón de las propias miserias, hacer actos breves de fe, esperanza y caridad, y sobre todo entregarse en sus divinas manos resueltamente y sin condiciones. Sabed que Sta. M.<sup>a</sup> Magdalena de Pazzis estaba un día amasando el pan, y oyendo la campanilla que llamaba á las religiosas para comulgar, pre-

(1) Monja santa, lugar citado.

sentóse en el comulgatorio, llevando masa de pasta en las manos. No es que yo aconseje se imite una conducta semejante mas cuando por nuestras verdaderas ocupaciones dispone- mos de poco tiempo, está en nuestra mano el acercarnos á la Sagrada Mesa, contando, como es consiguiente, con la limpieza del alma y el deseo de recibir á Jesucristo.

**11.** —Mi confesor, dicen otras personas, no me permite comulgar más á menudo.—Si el confesor no os lo permite debéis obedecer, dice S. Alfonso (1). Pero es el caso de que el confesor no pone trabas á la Comunión frecuente de sus penitentes. Aun aquellos ministros del Salvador, que desdichadamente no gustan que sus penitentes comulguen con frecuencia, no niegan la Comunión, con tal que éstos muestren vivos deseos de participar del Banquete sagrado; cuando no la aconsejan ó no la permiten es porque esperarán probarles en la humildad ú obediencia. Si un penitente desea recibir con frecuencia á Jesucristo, y observa que su confesor no le dice nada respecto del particular, pídaselo él con instancia, que al fin sus ruegos obtendrán la gracia apetecida.

**12.** —Yo no me acerco tantas veces á la Divina Mesa, añaden algunos, porque no obtengo el fruto correspondiente.—Pero, ¿acaso pretenderán éstos conocer á fondo los secretos divinos? Por ventura son tan osados que quieran medir con su corta inteligencia los efectos del Sacramento, obrados en el alma? La Santísima Eucaristía causa siempre sus divinos efectos en los que la reciben debidamente; pero no en todas ocasiones los manifiesta, antes bien, va paulatinamente exteriorizándolos á medida que el comulgante los necesita. Á la verdad, el cristiano no en todo tiempo se halla en inminentes peligros, para vencer los cuales sería indispensable una gran virtud, un fuerte golpe de gracia divina, y por eso la santa Eucaristía no da á conocer sensiblemente sus efectos admirables para vencer las tentaciones y arrostrar los peligros; mas dejad que ese cristiano, que

(1) Monja santa, lugar cit.

comulga bien con frecuencia, se halle en tan apurados casos, y veréis cómo el Sacramento del Altar muestra patentemente en él sus efectos prodigiosos. Lejos, pues, esos temores de si no se obtendrá el fruto apetecido; considérese que proferir semejantes frases es más bien inferir gravísima injuria al Santísimo Sacramento, el cual siempre concede sus gracias, siempre cumple sus promesas. Si algunos cristianos no sienten los frutos admirables de la Eucaristía, si comprenden que de cada día y á pesar de las repetidas comuniones son más fríos, más disipados, más murmuradores y quizá menos continentales que antes, cúlpense á sí propios y hagan penitencia de sus pecados, pues les aseguro que no comulgan con buenas disposiciones y están expuestos á cometer tantos sacrilegios cuantas recepciones del Sacramento practiquen; empero si notan que, aunque se hallan disipados, no cometen en mucho tiempo un pecado mortal, les ruego, por las misericordiosas entrañas del Salvador, no se aparten jamás de la santa Comunión frecuente, pues tal alejamiento sería sin duda el principio de su total ruína; den gracias incesantes al Dios de piedad, porque si no están sumidos en el abismo de la culpa, es debido á la frecuencia del Sacramento eucarístico.

## §. III.

**13.** Hay pretextos que envuelven perversión tanta que bien merecen el nombre de impíos. Dicen algunos malos cristianos:—Yo comulgaría dos ó tres veces al año, ó al mes, ¿pero qué dirán los que me vieren?—La verdad es que no sé qué admirar más en estos detestables católicos, si una crasa ignorancia ó una malicia refinada. Pero sea de ello lo que fuere, ¿cómo es que no alegan semejante achaque cuando se trata de entrar en los teatros inmorales, en las casas de disolución, en los infames garitos? Porque lo cierto es que la asistencia y cooperación voluntaria á semejantes inmundos centros está absolutamente vedada al cristiano. ¡Ah! ¿es que no se hace entonces caso del qué dirán? ¿no temen que su esposa, sus hijos, su familia y sus prójimos critiquen

su conducta? ¡Qué desgracia! Temen infundadamente que los perversos, que los hombres á quienes falta el sentido común, murmuren de una obra tan santa y provechosa, y no se horrorizan de que hablen de su mal proceder los sencillos de corazón! ¿Dónde está el criterio?

**14.** Mas hay otros cristianos que añaden con insolencia:—Eso de comulgar á menudo es bueno para los religiosos y para las beatas, no para mí que soy muy malo.—Bien dicho; al menos quien se confiesa perverso no necesita que el Omnipotente fulmine contra él el anatema de condenación eterna, puesto que asimismo se reprueba. De modo que la Comunión frecuente se ha establecido para solos religiosos y beatas, eh? Entonces, el reino del cielo se habrá fabricado únicamente para las beatas y para los religiosos que comulgan á menudo, puesto que sin participar con alguna frecuencia de la Carne de Jesucristo no se puede llevar vida de cristiano y por consiguiente salvarse... Lo que me han de indicar es que si no comulgan á menudo es porque desean vivir con mayor libertad, es porque apetecen pecar más veces y con mayor cinismo. Este mismo es el pensamiento de S. Alfonso, al consignar estas palabras: «La persona que no comulga con frecuencia, diga la verdad, diga que no quiere comulgar á menudo por no tener que vivir más retirada de las criaturas y más despegada de sus satisfacciones. Ella conoce muy bien que la frecuente comunión no se aviene con las amistades, con las parlerías, con la vanidad, con el apego al amor propio, á la gula ni con otras imperfecciones semejantes, y por lo mismo deja de comulgar á menudo (1).»

**15.** Abramos los ojos y reflexionemos seriamente que todos cuantos pretextos aleguemos para dejar de participar con frecuencia del Pan celestial no pesan un grano de mostaza en la balanza rectísima del Justo Juez, quien nos pedirá estrecha cuenta de las veces que tuvimos cómoda proporción de comulgar y no lo practicamos por negligencia ó

(1) Monja santa. Lugar cit.

voluntad mala. Lejos de nosotros las perniciosas máximas de un siglo corrompido y prevaricador; aproximémonos á Jesucristo en vez de alejarnos de Él, y como único medio para el efecto comulguemos mensual, semanal, diariamente, si es posible, y si se tiene licencia del confesor; y el Señor Sacramentado, cuyo Cuerpo y Sangre, cuyo espíritu y divinidad tan íntimamente unimos á nuestro débil ser, nos hará fuertes en el tiempo y poderosos en la eternidad: felices en la tierra y en el cielo.

#### EJEMPLO

Cierta mujer muy devota del Sacramento Santísimo frecuentaba la S. Comunión, y un día que pidió al cura la comulgase, éste se negó á ello, manifestándola, con escándalo de la pobre señora, que no era lícito que una mujer frecuentase tantas veces la Santa Eucaristía. Partió el sacerdote y quedóse la devota tan oprimida y desconsolada que, acomodándose en uno de los rincones del templo, comenzó á llorar amargamente su desgracia. Después que los fieles abandonaron el templo, aparecióse á aquella mujer un insigne varón de grande majestad y hermosura, vestido con los ornamentos episcopales, y la preguntó la causa de sus lágrimas. Ella confesó francamente que el sacerdote la había negado la Comunión. Inmediatamente la visión se dirigió al sagrario, abrió el tabernáculo, y extrayendo del copón una de las tres sagradas Formas que quedaban, la dió á la devota, diciéndola al propio tiempo que se la entregaba:—Mi Cuerpo te dé verdadera salud—con lo cual entendió la señora, no sin sobrecogerse de asombro, que el Varón que la había comulgado era el mismo Jesucristo. La devota mujer contó después el suceso al párroco, quien, no acabando de creer lo que oía, abrió el sagrario, registró el copón y vió que en efecto sólo quedaban dos Hostias, mientras que él había dejado tres. Publicó luego el prodigioso suceso, y en adelante jamás negó la Comunión á cuantas personas con devoción la solicitaban.—*Jacobo de Vorágine* (1).

(1) Sermón del Santísimo Sacramento.

### XIII

#### *Sobre las disposiciones para comulgar con fruto.*

*Probet autem seipsum homo et sic de pane illo edat et de calice bibat.*

Pruébese el hombre á sí mismo y con estas disposiciones coma de aquel pan y beba de aquel cáliz.  
I. COR. XI, 28.

1. Toda la ciencia que pudieron alcanzar los filósofos más sabios de la antigüedad pagana se cifró en esta concisa, pero hermosa frase: *Nosce te ipsum*. En el conocimiento propio, en saber á fondo lo que es, lo que sirve y lo que puede aprovechar el hombre; en conocer sólidamente de dónde, cómo y cuándo ha venido á la sociedad humana; en no ignorar á dónde se dirige y para qué fin ha sido criado, se resume toda la sabiduría del rey del universo. Con efecto; cualquiera otra ciencia que no se dirija á ésta ó no la fomenta es una ilusión del alma, una vanidad inmensa. El santo abad de Claraval recopilaba acertadamente la sabiduría humana en tres palabras que deberíamos tener siempre en nuestra mente prendidas: «Qué fué, qué es, qué será el hombre (1)?» Quien estudia detenidamente sobre ellas puede adquirir á conciencia el diploma de sabio.

2. No es otro el escrupuloso examen que el apóstol

(1) Formul. honestæ vitæ.